

LUPO HERNANDEZ RUEDA

CIRCULO

Ediciones El Salvaje Refinado

www.elsalvajerefinado.com

CIRCULO

A Marianne de Tolentino

I

Nací cuando ya era un anciano con hijos.
Mis nietos, que nacieron ayer,
hace tiempo que han muerto.
Yo los miro crecer conmigo en esta hora.

No es cierto que la muerte me acompañe,
que cada día muera algo de mi con ella.
El hombre que yo soy no perece conmigo.
Hace tiempo que ha muerto y me acompaña ahora,
y se sienta a mi lado,
habla cuando converso,
piensa las mismas cosas de antaño que yo pienso.

No es la primera vez que se agusana.
No es la primera vez que reaparece
y penetra en la carne
del corazón de piedra de los hombres.

El hombre es agonía.
El hombre es movimiento perpetuo.

Cambia el pasto viviente.

Rueda el mundo.
El rostro de Dios cambia también.

Los espacios sin término discurren.
El tiempo pasa.
Todo parte y retorna
en un círculo en vuelo.

El movimiento es todo,
el movimiento.

El porvenir anda conmigo.

Yo levanto mi casa
sobre los restos del pasado.

Yo voy abriendo puertas antiguas a mi paso,
las voy haciendo nuevas conmigo.

La eternidad alcanza
mis raíces sin tiempo.

Lo que soy hoy ya lo soy mañana.

A veces cuento las estrellas.
Me gusta verles el rostro.
Dios las mueve para matar su soledad.

A veces palpo las estrellas.
Son fichas del tablero celeste,
del ajedrez del tiempo

A veces mueren las estrellas.
Ellas palpitan en mi pecho entreabierto.
Ellas giran conmigo en su unidad.

El movimiento es todo, el movimiento.

Los minerales bajan y respiran
junto a los restos botánicos del aire.
Los minerales crujen en la tierra
como las olas en el muelle,
los minerales llenan los sentidos del hombre,
pueblan los ojos bíblicos del hombre,
la lengua efímera del hombre.
Ellos rastrean conmigo el olor de la estrella.
Ellos buscan la sed de las alondras,
la armonía de las plantas,
el ritmo del amor,
la gracia del retoño carnal.
Ellos giran, se mezclan, me nutren.
Nos dan la forma bella necesaria,
la dulce paz metálica del cuerpo.

Ellos mezclan la vida con la muerte.

Los minerales se entretienen conmigo.

Yo busco mi contorno dormido.
Yo enciendo lámparas calladas
con mi paso perpetuo.

Es la curiosidad lo que me mueve.

Ella es la manzana del origen.
Ella me roe los ojos,
me roe los labios y las sienes.
Me da la clave de las cosas,
me despierta el sentido.
Me enseña lo que soy, de dónde vengo.

Pero al final me quedo en el principio.

La eternidad es movimiento.

Todo cambia conmigo.
Todo en mí se repite,
disfraz cambiante de la luna,
la hermosa luna que pisé ayer tarde,
quitándole su traje de ilusiones,
el traje de poeta que tenía.
Ella ha muerto conmigo,
pero perdura aún.
Es un desierto con luces.
Es la diosa del sueño.
Ella incendia los pechos de la amada.
Ella enciela el amor para que yo lo alcance,
para que me lastime su lámpara de fuego.

Me gusta lo prohibido.

He descubierto el sexo.
He descubierto ese juguete viejo.
He descubierto que es normal retorcerlo,
mezclarlo, reponerlo,
untarlo, morderlo,
ejercitarlo en público o a solas,
para sentirme "liberado".

El sexo es el retozo
que me divierte ahora.

El movimiento es todo, el movimiento.

Como un trompo girando
en el lugar de siempre,
como el ahogado que vuelve al remolino,
danzando con la muerte,

doy vueltas y revueltas en torno de mí mismo,
sin encontrar escape,
sin atinar a ir más lejos,
sintiéndome un inmenso reptil de la prehistoria
que lleva el traje de hombre.

Soy el gran egoísta.
Gozo mirándome al espejo.

Pienso.
Conmigo tengo para pensar.

No es cierto que yo gire en torno al tiempo.
El es mi siervo como todas las cosas.

II

Me gusta la aventura.
Ese pez ciego, dragón
de finas alas amarillas
que se retuerce dentro de mi sangre,
gusanillo de plata,
devorador del látigo del miedo.

Me gusta la aventura planetaria,
la Cruz del Sur, el Alfa de Hércules,
el Pájaro Madrugador
el robot electrónico, los cuentos, los deportes.
Me gusta la Biónica, el algodón, los átomos.
Cambiar la faz del mundo.

Me gusta realzarme.
Soy un dios en mi infinita pequeñez.

Soy el aventurero. Viajo,
como la tierra o las semillas, con el viento,
con el torrente lúcido del aire,
con la fuerza inmanente de las olas,
con los dientes finísimos del agua,
alisando, limando, repuliendo las almas,
cambiando de lugar como las rocas,
rodando con las aves,
con el trino del viento,
con la apacible violencia de los cuerpos.

Viajo con la mañana, con las horas,
con el verano
inmenso de los ojos.

Me gusta la aventura, las sorpresas.
Me gusta mi compañera indócil.
Ella es la parte más hermosa del mundo.
Es la bandera del sueño.
Su cabellera cae sobre la tierra
como una lluvia oscura.
Su cabellera ilumina las cosas.

Mi compañera es una estrella.
Cuando ella llega
el día resplandece.
Ella enciela las cosas.
Las torna alegres al andar.
Es lo más bello que existe.

Mi compañera es un reloj.
Ella me marca el paso de las horas.
Me alimentó en la infancia,
dobló el lomo del tiempo para que yo existiera.
Me brinda el lago tierno de su vientre
para cegar mis ansias de veranos.

Mi compañera es un sueño.
Ella es un pez sin tiempo.
Es la niebla del Támesis,
las cañas del Ozama,
los ojos del mundo.
Por ella veo en la luna
una canción de eterna primavera.

Mi compañera es el amor.
Ella hace posible las cosas.
Enumera los hombres,
los va depositando en el agua del tiempo.

Mi compañera es una flor de fuego.

Me gusta la aventura del amor,
y la ciega aventura de la muerte.

Cuando la muerte asoma yo sonrío
con mi cuerpo de muertes milenarias,
le digo, "Buenos días, señora", la dejo entrar,
porque con ella viajo hacia lo eterno.
Ella es la puerta del cielo,
mensajera celeste, antesala de Dios.

Yo invento los negocios de la muerte,
las cuentas de ahorro de la muerte,
las lámparas oscuras que iluminan la muerte.
Trabajo en soledad,
o entre las ciegas muchedumbres,
trabajo con las manos y la idea,
en las cuevas que recogen mi historia,
en los muros puritanos del templo,
en las lucientes residencias del rico,
en los altos escaños del Senado,
en las barriadas pobres,
en el cuerpo milenario del hombre.
Trabajo con el verbo de la muerte,
con la revuelta armada,
"el pluralismo ideológico",
"la revolución sin sangre".

Yo invento los negocios de la muerte.
Yo comercio con ella.

Voy por las grandes urbes industriales
fabricando la muerte,
con las armas atómicas
transportando la muerte,
en las veloces carreteras
viajando con la muerte,
con el pentagonismo
ideando la muerte,
en Vietnam o en Hungría,
sembrando las semillas de la muerte.

III

Nací para luchar,
para morirme cada día buscando
el equilibrio del mundo.
Nací para sobrellevar los límites del cuerpo
la dura convivencia con los otros,
la angustia de estar vivo.

El llanto ha nacido conmigo.

He llorado muchas veces.
He llorado por hambre
o por amor, por ignominia o vergüenza.
He llorado por dentro, en secreto,
como el religioso guarda su fe.

Cuando la sed,
el miedo o la impotencia me invaden,
y el vicio o el poder avasalla los débiles,
y el amor, la nueva alianza bíblica,
es un juguete roto
que pocos quieren rehacer;
cuando la oscuridad me recubre por dentro,
y el odio o el rencor
hacen sangrar las horas,
he llorado en silencio o a gritos,
rompiéndome las sienes,
dejándome caer, en abandono,
bajo los ojos crueles del
(hombre.

Mi cuerpo ha humedecido
los campos oscuros del sueño,
las viejas raíces de la muerte

que agrietan la parcela viviente.

He llorado muchas veces.

He llorado, gimiendo, en las grandes urbes,
por las alcantarillas, en los muelles,
pudriéndome a la vera del tedio,
recogiendo el polvo del camino.

He llorado en los cines, en la alcoba, en los parques,
en los ruidosos manantiales del vicio,
junto a la hembra hedionda o al borracho.

He llorado en los frios rascacielos, los tímidos
moteles, las residencias universitarias.

He llorado bajo la luz solar, la lamparilla eléctrica
o la luna,
en las verdes praderas del campo,
en los sedantes ojos de la aurora,
cuando se abre la ventana del día,
o la tarde se estira sobre las lomas somnolientas.

He llorado en el acoplamiento de los cuerpos,
cuando la entrega de amor es plena
como una flor abierta en primavera.

He llorado muchas veces.

He humedecido el suelo de la cárcel,
el olor amarillo del hombre,
la enrarecida atmósfera terrestre.

He llorado con furia, por la idea oprimida,
por el amigo muerto en la calle,
por la rebelión abortada.

He llorado por siglos, formando ríos de lágrimas.
Ellos fertilizan la tierra más que los ríos naturales.

He llorado mordiendo la navaja

del juego, las cavernas del ocio, el alacrán
del miedo. He llorado con la primavera
y con la muerte, con el sol, la sequia,
o la lluvia que hermosea los campos.

He llorado en la iglesia,
en la aldea, en la playa
en la arena rojiza del tiempo,
cuando la tierra se pasea en el viento,
o baja silenciosa, por la corriente cristalina.

IV

Nací bajo la sombra de Tu gracia.

Eres la causa única, el principio.
La perfección universal.
La pluridad dulcísima del agua.
La fuente pura de las cosas.

La muerte acaba en Tí,

Tú me tiendes la mano en una alianza singular.
Tus largos dedos lúcidos me invaden,
me levantan del ocio de la muerte.

Tú me alimentas con Tu gracia,
me alumbras el camino,
me iluminas por dentro.

Más no soy digno de Tí.

Te busqué entre las flores del campo,
en el vuelo migrante de las aves,
en el viaje silente de los peces,
en la ecuación sin números del tiempo,
en el olor que mueve las canoas del olfato,
en la idea que ilumina, como un faro, las cosas,
en la paloma del fuego;
Te busqué en lo inmediato,
en cada mineral o árbol viviente,
y en ellos Te adoré, pequeños dioses de mi infancia.

Mi infancia es el origen.

Entonces te creía lo ignorado,
las cosas que asombraban mi cuerpo,
los límites oscuros de mi conocimiento.
Tú eres múltiple y uno
en tu diversidad. Imaginé que eras
a la imagen del hombre,
mordido por la bíblica serpiente,
que tenías contactos sexuales con las hembras,
que gustabas del vino de la sangre
en orgías u holocaustos.

El tiempo fue mi aliado,
el tiempo me ayudó a eliminar
las sombras sempiternas,
a descubrir razones donde tan sólo había
oscuros pensamientos, luciérnagas fugaces,
mariposas cegadas por el fuego.
El tiempo me alumbró
el árbol de la fe.

Mas no soy digno de Tí.

Me arroba lo inmediato. Me inquieta
ese concierto universal,
el cuervo funesto de la muerte.
Ella no está conmigo,
pero me espera o me reclama.

Abel era difunto cuando murió.

Yo he muerto tantas veces
que imagino que la muerte
ha nacido conmigo.

V

Nací para vencer y perdurar.
Para poblar los cielos y la tierra,
dominar cuanto vive,
se mueve, o tiene una existencia.

Nací para cantar. Que la palabra
sea enriquecida por la idea
y la idea por la palabra. Que el verso
sea un duende fugaz y permanente,
una espada de fuego
abriendo puertas prohibidas,
marcando nuevos pasos.
Que el verso sea además un mundo,
cántaro de todos,
innovador, sencillo, impersonal, callado,
caudal fuerte y distinto,
en cuyo fondo palpita el hombre,
se sienta el mar bramando
o la apacible tarde dormida.

Nada es nuevo conmigo.
Todo cuanto yo digo me precede.
Mas yo recojo el círculo viviente,
le doy formas, lo nutro, le hago mirarse
dentro de sí, otear
lo porvenir en lo pasado.

En el principio era el amor.
Este era la luz,
la paz vital, lo que hizo posible
la vida y las cosas.

El mundo era el amor,

el amor la luz,
la luz gracia sin término,
la gracia sin fin lo eterno,
lo eterno era el verbo de Dios.
Dios era el mundo
y el mundo era el amor.

Y el amor era un lúcido torrente,
advenimiento de las aguas,
y de las aguas emergió la vida,
y con la vida, el hombre.

El hombre no termina,
se mueve en círculos,
es un regreso sin término.
El hombre piedra, el nómada, el espacial,
hombre de ayer, de siempre,
vertical ciudadano del mundo,
en cuyo cuerpo está el principio.
Hombre sin tiempo,
vencedor de la muerte con la muerte.

VI

Yo no estoy solo. El pensamiento
de Dios está conmigo.

Oigo los pasos del tiempo.
Oigo la eternidad.
Veo a Da Vinci descubriendo las leyes del océano;
los movimientos del pulmón,
tocando los músculos del cuerpo.
Le veo firmando la Gioconda.
Yo no estoy solo. Oigo las ondas del espacio;
el ruido eólico, la Vía Láctea,
que es un collar de perfume.
Allí mi pequeñez es tan grande como una montaña.
Yo no estoy solo. Me acompañan mis huellas en la
piedra,
la historia que dejé escrita en las rocas,
las ideas que esparcí en los brazos del tiempo,
-palomas que recorren el espacio infinito-
que solté con palabras al aire, que estampé en las
murallas,
o en las altas columnas del templo.

En cada ciclo viviente están mis huellas.

Yo no estoy solo. Oigo los pasos de la muerte.
Siento la agonía
de estar vivo, la lamparilla
de ser y hacer,
y estar consciente,
y de ser nada. Palpo las medidas
del tiempo y del espacio, el calendario,
el Ecuador, las
(modas.

Siento que todo pasa,
que todo y nadie gira,
que aún inmóvil me muevo,
que estoy solo y poblado. Albert Einstein
me mira, Heráclito está en mí,
Walt Disney, los salmos de la Biblia también.
Yo no estoy solo. Siento el calor,
la sed, la relatividad
del movimiento, la ley de la gravitación universal.
Los pájaros del fuego me formaron,
los ángeles del sexo
me hicieron dios y hombre.
Soy un laboratorio viviente,
hormiga que observa el mar,
los campos y los cielos.

Oigo los pasos de la muerte.
Ella vendrá a buscarme. Yo la he vencido siempre.
Le he dicho: "Me voy contigo, pero vuelvo".
Días vendrán en que la dejaré vestida, esperándome.

Oigo el olor de Júpiter. Su paso sideral.
La embriaguez de la luna,
la cálida estación de los naranjos.
Oigo la tarde como un ave cantando.
Yo no estoy solo. Me acompaña el espacio intemporal.
Estoy en él como el pez en el agua,
como el agua en la vida, como la fe
en la bondad de corazón.
Yo no estoy solo. El tiempo me acompaña.
El tiempo que he creado para explicar las cosas,
para medir el orden en que vivo
o registrar los hechos de mi paso en el mundo.
Yo no estoy solo. La eternidad está conmigo.
Ella me sigue como la sombra al cuerpo.
Ella es el mar en que me muevo.

No estoy solo. Echo raíz en el tiempo
como el árbol echa raíz en la tierra.
El hombre es el mejor amigo del hombre.
El hombre es el árbol,
la copa y la raíz del hombre.
No estoy solo. Yo cierro el círculo viviente.
Yo esparzo las semillas de la vida bajo los cielos y la
tierra.
Yo encabezo el desfile.
Todo lo que se mueve y respira
y crece o se transforma está conmigo.

He aquí que nazco débil, indefenso,
como una hoja al viento, que recorro todas las edades
Y me alzo vencedor, sobre la vigilia y la muerte,
sobre lo fugaz y lo que no termina.
Tomo el fuego de la vida,
el polvo viajero de los astros,
el espejo ruidoso de los ríos,
los minerales que luchan en la tierra,
los animales, los gases que me nutren
y los que me laceran el cuerpo;
tomo la conciencia del tiempo,
la fuerza de la idea o del átomo,
la angustia que da el hambre,
el odio que crea la injusticia,
la violencia que hay en cada marginado.
Tomo la rebelión y el látigo.
El martillo que golpea a los oprimidos, a los débiles,
y la sed sin sosiego del poder
que empaña el ojo humano.
Todo me pertenece.
Todo está en mí como el agua en mi cuerpo.
Yo no estoy solo. Dentro de mí está el mundo.
Dentro de mí gravita lo existente.
Todo en mí gira, como la tierra

y los astros giran en el orbe.
Soy la conciencia intemporal.
Me contradigo. Me doblego.
Me alzo sobre la muerte.

En mi cuerpo está el fin y el principio.

VII

Nací para soñar con los ojos abiertos,
para alzarme del cuerpo milenario
y recorrer el mundo,
palpar los astros,
visitar con frecuencia a la muerte.
Soy el gran exiliado.
Tengo un taller de sueños en las sienes.
Tengo una catedral de ideas,
un río de visiones infinitas.
Las voy dejando entre los hombres y las cosas.
Las voy sembrando en el espacio.

Busco la soledad y no la encuentro.
Busco el amor al prójimo y no lo encuentro.
Busco el polvo sin tiempo de mi infancia
y la muchacha del viento se lo lleva,
y lo dispersa con su cabellera.
La muchacha del viento es un tren de sonidos,
es un relámpago sin luces,
es un caballo oscuro que patea las sombras del
recuerdo.

En casa me desprecian porque saben quien soy,
porque saben que soy el hijo del pulpero,
hijo del sastre,
hijo del beodo;
en casa me desprecian porque mi abuelo
labró la tierra con sus manos,
porque robé los ojos a la luna.

Porque la luz es mía, no me quieren.
Porque mi voz no acaba me desprecian.

Porque mi padre rumiaba cansancio,
no me quieren entender.

En casa me desprecian porque escribo poesía.

Descubrí la poesía
mirando a las muchachas
sonreír, mirando
a las muchachas
con sus trenzas al viento,
mirando a las muchachas
correr
bajo la lluvia,
mirando a las muchachas
junto a la paz
de las cosechas,
mirando a las muchachas
del tamaño del sexo,
mirando a las muchachas
en el verano
de la primavera,
mirando a las muchachas
en el fuego
del tiempo,
mirando a las muchachas
con sus pechos abiertos,
mirando a las muchachas
con los brazos
en cruz,
mirando a las muchachas
desnudas en la playa,
mirando a las muchachas
con el sexo revuelto,
mirando a las muchachas
danzar
bajo la luna,

mirando a las muchachas
en el pecho de Dios.

Mirando a las muchachas
descubrí la energía
muscular, la energía
de vapor, la energía
eléctrica, la energía
atómica, la energía
solar, la energía
eólica, la energía
hidráulica, la energía
hermética, la energía
del vivir,
la energía
singular del amor.

Mirando a las muchachas
descubrí las ondas
de la luz, las ondas
del sonido, las ondas
de la primavera, las ondas
del calor, las ondas
de la radio, las ondas
del espacio, las ondas
del océano, las ondas
de los cuerpos, las ondas
sísmicas,
las ondas
eternas del amor.

Sorprendí a la poesía
mirando a las muchachas.

VIII

Nací para ser yo la soledad.
La soledad sin límites del agua,
la soledad luciente que ausculta el infinito,
la soledad de ser junto a los otros.
Ellos están conmigo, me reclaman, me informan.
Sus ojos escuchan mis ideas.
Son mi alimento cotidiano.

No es cierto que yo sea una isla,
que ande solo en el mundo.
Yo soy un animal colectivo
que anida poblaciones en su sangre.

En los ríos de mi cuerpo crece el mundo.
No. El mundo no es lo que yo siento, palpo o respiro.
No es la fórmula que busco,
que redescubro en mí o en la naturaleza.

El mundo es un labio dormido,
mitad luz, mitad sombras.

El hombre es agonía.
El hombre es paciencia sin término.
El es un universo
por dentro
y por fuera es el Universo.
A su paso se encienden las estrellas.
A su paso afloran las ideas
como afloran los olores del cuerpo.
A su paso se enciela el viento,
se mueven las cosas dormidas.

El hombre es agonía.

Es una luz con sombras.

Entre despierto y dormido,
él va sobre la tierra siendo tierra,
él es el tiempo hecho carne milenaria,
es la muerte al revés,
reconstruída, renovada, repitiéndose,
perfeccionándose.
Roca que la vida moldea y configura,
como la lluvia pule las montañas.

El hombre es permanencia.
Es lo que cambia y perdura,
como el agua en los ríos;
lo que es igual y distinto,
como el agua en los cielos y en los cuerpos,
Nadie y nada es nuevo.
Nadie es idéntico a otro.
Pero es eterno el hombre
y se transforma
como la tierra en primavera.

Para no morir,
inventó la palabra,
pulíó las piedras,
aisló y mezcló los elementos,
descubrió las leyes del cuerpo
y del espacio,
midió el tiempo,
repartió las aguas,
inventó la dialéctica, la mafia,
el espionaje, la muerte

El hombre es impaciencia
Inventó el fantasma de la muerte.
El hombre es letanía,

inventó los vocablos de la muerte.
El hombre es caridad,
sobrevive a los cambios de la muerte.

IX

Nací para dar testimonio
Para decir lo que ha visto mi oído,
lo que palpa mi olfato.
"Este soy yo.
Esta es mi casa llena de agujeros".

Mi casa es un arcoiris,
naranja iluminada por la noche

En ella el hombre vive y no se encuentra,
se reproduce, lucha,
y no se entiende.

Un hormiguero alborotado
la recorre por dentro.
Llueve. Es una lluvia íntima.
Es el tiempo que cae sobre el tejado.

Mi casa luce limpia por fuera.

En ella el amor falta.

Nadie se conforma con algo.
Todos desean lo ajeno.

En casa hay más miedo que conciencia.
El lucro es una sed sin término.

Preocupa el alza de los precios,
la veda del derecho a rodar
como el río o el viento.

Preocupa la paz rota,
la usura, el tráfico de drogas,
la indiferencia por el dolor ajeno,
el ansia de poder,
los instintos del ego.

Preocupa el hombre,
el hombre bestia, sucísimo por dentro,
el hombre camaleón, de muchas caras,
aquel para quien todo tiene un precio.

Mi casa está cerrada,
pero sangra por dentro.

Su habitante es un murciélago:
sus ojos sin pupilas se mueven en la noche.
Su habitante es un caballo,
sus pasos lastiman a la tierra.

En casa la fe es pobre,
se teme más al fuerte que a Dios.

La doblez es la planta común,
la adormidera del bien.

Unos pocos se reparten los frutos,
a los más les falta casi todo.

No sé quién manda dentro de mi casa,
pero marchamos al revés.

Yo digo las cosas como son,
como las ven mis ojos milenarios
o las palpa mi cuerpo que por última instancia
las reduce a un vivo movimiento que piensa,
porque yo soy el hombre drama,
el hombre acongojado,
el hijo de la tierra angustiada.

En mí palpita el mundo,
se desarrolla y crece el mundo.

Yo pregunto y aclaro situaciones,
y denuncio injusticias, y me proyecto
más allá de la tierra, más allá de los cuerpos,
por encima del tiempo, las cosas, las edades.

Yo soy el drama hombre.
Soy la materia lúcida.
Soy la conciencia estremecida.
La fiel interrogante sobre el ser y el destino.

La materia me forma y la materia dejo,
y la materia enciendo con mi voz infinita,
con la visión común de las cosas que tengo,
que denuncio a mi paso de viajero sin término.

Existo, y verdaderamente
el mundo lo conozco de antemano.

La angustia es un árbol
que me crece por dentro,
cuya raíz me enciela y me liberta,
y me une a los otros, y me permite
combatir a la muerte, vencer su arribo inesperado,
proyectarme en el mundo para siempre.

Soy la materia iluminada,
que se crea a sí misma
y se destruye a cada paso.

X

El final es un largo comienzo.

Regresaré al origen,
porque yo tengo una existencia planetaria.
Soy un círculo,
y mi cuerpo se mueve en círculos.
Todas las cosas me forman.
Muchas muertes me dan vida.
Soy la imagen del mundo,
soy la perfecta unidad.

Lo permanente es movimiento.
El movimiento del reposo.
El movimiento inmóvil de Dios.
La eternidad es agonía.
Ella nos hará libres
como es libre el viento,
como lo bello es libre y permanente.

La eternidad es la belleza.
Ella fue el verbo en las tinieblas.
Ella es la causa única,
el traje único,
el movimiento armónico de Dios.

Todo lo que veo o existe,

palpo, huelo, ingiero, escucho,
lo que imagino o sueño,
o es parte del mundo planetario,
todo lo que no he visto ni soñado, ni leído ni
gustado,
lo que pueda ser o ha sido o será,
la energia que mueve las cosas
o las crea, la que mantiene su existencia armónica;
todo lo eterno es agonía.
El cambio es agonía.
El cambio es lo perpetuo.

Nada se estanca.
Nada se detiene.
La eternidad florece.

Con la muerte el hombre no termina.

Todo es un circulo con vida.

Regresaré al origen
como el viajero que retorna,
como el barco que vuelve al punto de partida.

Regresaré
como la primavera,
como el celo periódico en las bestias,
como el dia regresa de la noche
cegando con sus verdes claridades.

Regresaré con las lluvias,
con el calor que las precede,
con el pensamiento de fuego de las cosas,
con el repartidor de diarios,
con el cartero que nos trae las nuevas esperadas.

Regresaré con la rosa del amor en el pecho,
con montañas de luces en las sienas.

Regresaré sin tiempo,
con los ojos abiertos.
Me faltará el deseo de estar muerto.

Cuando yo vuelva,
yo mismo no sabré de mi llegada.
Tendré un sentido vago
de mi vieja existencia.

Seré el puente que une las edades.

XI

El final es el principio.
Vendrá la paz conmigo.
Vendrá con la cabeza revuelta,
con el oído atento,
con el labio encendido.
La lámpara de fuego del amor vendrá con ella,
y ahuyentará los pájaros del miedo,
los barcos débiles del sueño,
los gusanos del odio.
Con ella cerraran las tiendas de la muerte,
los mercaderes de la muerte,
los verdes traficantes de la muerte.

El final es el comienzo.

Vendré con el origen,
con la tisana del amor,

con la espada fulgente del regreso.
Con ella extirparé los ojos a las lágrimas,
el estómago al hambre,
las cabezas que tiene la bíblica serpiente.

Todo estará previsto.
No habrá sorpresas para nadie.

Todos tendrán el peso de lo justo.

Al volver del origen,
la hierbabuena del amor vendrá conmigo.
Ella florecerá
con el pasto viviente.

Seré como es el aire,
igual para los unos y los otros,
como es el agua al cuerpo,
como es Dios a los hombres.

Porque seré el hombre recobrado,
el tiempo ausente que retorna,
el hijo pródigo que vuelve,
que trae consigo la pureza del cielo.

No he terminado aún .
No ha llegado mi fin.
Mi final es un largo comienzo

La muerte no termina conmigo

Ella es una ventana transitoria,
la compuerta que se abre
para que yo perdure,
para que yo comience
el regreso al origen.

La vida es una máscara con ruido,
la vida es un volver atrás los ojos
cuando menos se espera,
cuando la carga de los años pesa por dentro,
sin saberlo.

La vida es completar una experiencia,
lograr lo deseado con los años,
hacer un edificio de angustias,
como el náufrago,
que sabe que ha de morir,
que todo queda,
mientras se marcha con la muerte.

Entonces,
todo es ajeno,
sólo la paz de estar inmóvil, con la muerte,
es verdadera.

Yo parto de mi muerte,
para iniciar este largo comienzo.

Volveré si tengo algo que cumplir.

XII

Cuando vuelva a la tierra
olvidaré que tuve una existencia planetaria.
Llegaré por los ojos abiertos de los mares,
llegaré por la espuma piafante de los astros,
por las vegetaciones que cuecen las hormigas,
por los troncos que bajan con la tarde en el río
(milenario del tiempo,

por el radar que orienta el olfato del hombre,
por las trenzas sensibles de la luna,
con las que llena el cielo de eterno arrobamiento.

Llegaré con el viaje redondo de las aves,
con los peces que agotan inmensas travesías
para dejar sus huevos donde nadie los toque
sino con la conciencia de la luz
que desprende desde arriba la estrella.
Llegaré cuando llueva,
un miércoles sin panes,
cuando el planeta tenga más hombres solitarios,
más sísmicas cadencias,
menos ritos sexuales.

Llegaré con los poros abiertos de tal modo
que pueda atravesar con mi cuerpo las cosas,
oler el pensamiento de los otros,
sentir sus vibraciones conmigo,
escuchar el sudor cuando vuela en los brazos del aire
y se posa en el agua de las nubes que tienen
un poco de mi aliento,
la mitad de mi sangre acumulada.

Llegaré cuando nadie se recuerde que existo,
cuando mis compañeros ausculten las pisadas
que dejé cuando era un animal de bronce.
Dirán que fui velludo, sin cabellos, con barbas,
con la piel erizada por el miedo de entonces
Que era libre y esclavo, me dominaba el tiempo,
el afán por alzarme por entre los escombros de este
vivir a (oscuras.

Que estampé con mis huellas a la luna,
dejándole mi nombre
sobre su polvo milenario.
Que enviaba señales a los astros
por despertar mi contorno dormido.

Llegaré con el árbol de la vida en las manos,
montado en la breve canoa de los cuerpos,
riéndome del tiempo,
porque yo soy el tiempo recobrado.

Porque yo soy el tiempo que retorna,
el hijo pródigo que vuelve,
que trae consigo la pureza del cielo.

Porque la pureza es la paz que cabalga en la estrella,
la paz que ahuyenta las nieblas del olvido,
que cierra las tiendas de la muerte.

La pureza es el amor que retorna,
el amor que combate los batracios del miedo,
los gusanos del odio,
las máscaras que tienen en el rostro los hombres.

La pureza es el hombre que vuelve,
el hombre que retorna con el pecho encendido
llenando con su gracia los espacios sin términos
Porque yo soy el tiempo recobrado,
el tiempo que camina con brevísimos pasos
con los que va poblando de eternidad al mundo.

Porque yo soy el tiempo perpetuo del hombre,
el tiempo transparente, purísimo por dentro,
el tiempo pasajero que no acaba,
el tiempo que regresa de la muerte.

Porque yo traigo todo lo que el hombre ha soñado,
porque yo traigo las promesas conmigo.

Porque el tiempo que soy
será un mundo distinto,
en donde habrán cesado las miserias del hombre,

en donde lo fugaz, vencido por la muerte,
habrá cerrado todas sus puertas para siempre.

El mundo que seré es el mundo elegido,
es un mundo sin manchas,
en donde las lechuzas de mis vicios eternos
están purificadas con la muerte.

El mundo al que vendré
es un mundo infinito,
un mundo sempiterno de inmensas claridades.

Llegaré encabezando un desfile celeste,
un ejército vivo de legiones sin término.
Vendré con el tropel de los años que pasan,
con la sangre de todos los humanos que han muerto.
Vendré con la pisada vidente de la estrella,
con el cuerpo en marcha del reposo,
con los anillos de la primavera.

Vendré libre, sin tiempo, con la conciencia
pura, con el rostro alumbrado.

Vendré iluminando a mi paso las cosas.

Vendré con la sonrisa de la tarde en los labios,
con el insecto de la muerte en las manos,
mostrándole a los hombres
su cuerpo disecado, sin vida,
como se exhibe ahora los restos de un leopardo.
La colgaré en un cuadro para que la recuerden,
para que cada día, cuando despierte el hombre
pueda mirar su rostro indecible, inmutable,
su rostro que recoge un luto milenario.
Habrá paz en la tierra.
porque con mi llegada

crecerá un resplandor
que dejará sin hambre, sin deseos, al hombre,
quien perderá su sed de lucro inagotable,
la lámpara al revés de su egoísmo, que como un
fuego arde
dentro del corazón de piedra de los hombres.

Vendré con el sosiego de la noche estrellada
bajo la luz radiante de un día de verano.
Llegaré como el barco que arriba al antepuerto
cortando la pizarra ruidosa del océano,
sin que una huella quede de su paso,
sin que el oído sienta
como riel en la losa de las aguas.

Vendré con la silente sonrisa del incienso,
con el humo que escribe oraciones al viento,
con el amor que falta
para entregarlo a todos y sin tasa.

SOBRE EL AUTOR:

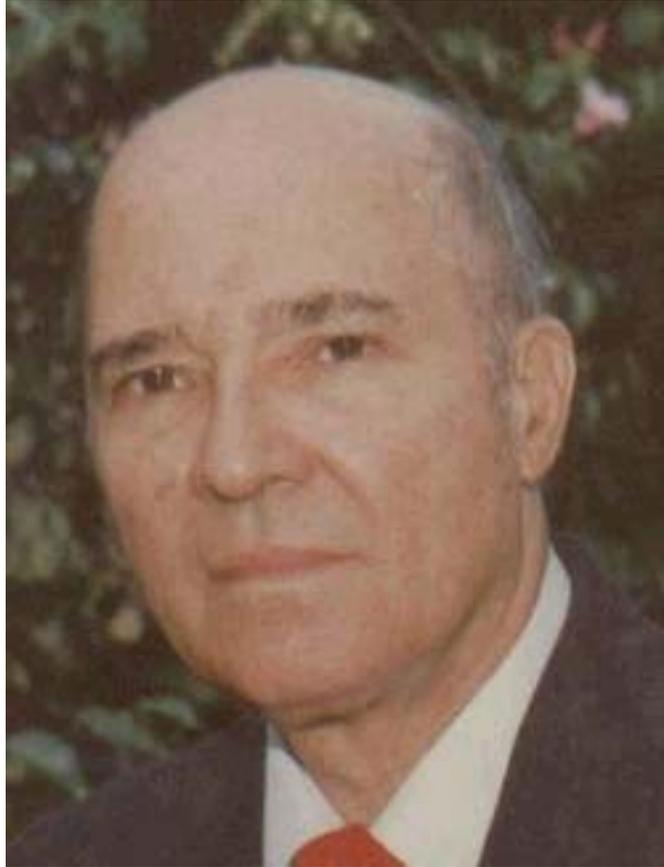
Nació en Santo Domingo el 29 de julio de 1930. Poeta, ensayista, abogado y profesor universitario. Cursó su educación elemental y secundaria en la capital dominicana. En 1954 recibió el título de Doctor en Derecho de la Universidad de Santo Domingo. Además, realizó estudios de postgrado en Derecho Laboral comparado en Italia, Suiza y España (1983). Dirigió la Escuela de Relaciones Laborales de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña y la Asociación Dominicana de Derecho del Trabajo y de Seguridad Social. Es Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Lengua y forma parte de la directiva de la Academia Iberoamericana de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social y del Instituto Iberoamericano de Derecho del Trabajo. Como escritor dio a conocer sus primeros textos en la sección Colaboración Escolar del diario El Caribe. Fue fundador, junto a Luis Alfredo Torres y Alberto Peña Lebrón, de la revista literaria Testimonio y codirigió la colección Silbo Vulnerado. Ha recibido el Premio Nacional de Poesía en cinco ocasiones, en 1960 con Como naciendo aún; en 1963 con Muerte y memoria; en 1979 con Del tamaño del tiempo; en 1984 con Cuanza y en 1988 con Con el pecho alumbrado. También recibió, en 1980, el Premio Nacional de Ensayo por su obra La generación del 48 en la literatura dominicana y en 1997 el Premio Nacional de Literatura otorgado por el Estado Dominicano. Además de sus obras poéticas ha publicado varios libros de carácter jurídico y dos antologías de poesía dominicana contemporánea.

OBRAS PUBLICADAS:

POESIA : *“Como Naciendo Aún”* Santo Domingo: Impresora Arte y Cine, 1953; *Trío*. Santo Domingo: Impresora Arte y Cine, 1957; *Santo Domingo vertical*. Santo Domingo: Editora del Caribe, C. por A., 1962; *Muerte y memoria*. Santo Domingo: Impresora Arte y Cine, 1963; *Crónica del sur*. Santo Domingo: Impresora Arte y Cine, 1965; *Dentro de mí conmigo*. Santo Domingo: Impresora Arte y Cine, 1972; *Por ahora*. Santiago: Ediciones de la Universidad Católica Madre y Maestra, 1975; *Del tamaño del tiempo*. Santo Domingo: Impresora Amigo del hogar, 1978; *Círculo*. Santo Domingo: Impresora Amigo del hogar, 1979; *Cuanza*. Santo Domingo: Editora Corripio, 1987; *Con el pecho alumbrado*. Santo Domingo: Editora Corripio, 1988; *Por el mar de tus ojos*. Santo Domingo: Editora Corripio, 1993. *Como naciendo aún: antología poética*. Santo Domingo: Editora Corripio, 1994. *Las Uvas de la Tarde*, Ediciones El Pez Rojo, 2000.

ENSAYO: *Manual del Derecho Dominicano*. Santo Domingo: Editora Cultural Dominicana, 1974. *Derecho procesal del trabajo*. Santo Domingo: Editora Corripio, 1994.

ANTOLOGÍA: *Antología panorámica de la poesía dominicana contemporánea*. Santiago: Ediciones de la Universidad Católica Madre y Maestra, 1972; *La generación del 48 en la literatura dominicana*. Santiago: Ediciones de la Universidad Católica Madre y Maestra, 1980.



Lupo Hernández Rueda

Ediciones El Salvaje Refinado
www.elsalvajerefinado.com